

El negro que llevó un tesoro incaico

Por Juan José Vega

A fines de 1532, hallándose Atao Huallpa en el inicio de su cautiverio, empezó a decaer el entusiasmo de los conquistadores. No era para menos. Mucho demoraban en llegar a Cajamarca los tesoros anunciados para el rescate.

Como transcurrieron varias semanas de casi inútil espera, Francisco Pizarro decidió acoger una sugerencia del rey cautivo: enviar dos grupos españoles, uno a Pachacamac y otro al Cuzco, a fin de apresurar los envíos. El primero partió de inmediato, a principios de 1533, al frente del capitán Hernando Pizarro, con gente muy lucida y pomposa escolta india. En cambio, para la segunda empresa no sobraron voluntarios. Era sin duda harto riesgosa. A muchos españoles pudo parecer un suicidio, pues habría que recorrer distancias enormes a través de comarcas totalmente desconocidas. Además, bien se sabía que la lejana capital del Tahuantinsuyu se hallaba ocupada por las huestes ataohuallpistas que comandaba Apo Quizquiz; y que en el camino sería menester cruzar Jauja, donde acampaba Chalco Chima con sus tropas.

Quizás por estas razones la tarea fue encomendada a tres conquistadores oscuros hasta entonces: Pedro de Moguer, Martín Bueno y un tal Zárate (1). Antes de partir se sumó a ellos un negro, quien debió ser escogido por su valentía y lealtad entre los muchos esclavos presentes en Cajamarca. Resultó así protagonista de una de las páginas de mayor audacia en la conquista del Perú.

Los tres emisarios y el negro partieron el 15 de febrero de 1532, siendo conducidos al modo de semidioses, en andas y con grueso cortejo quechua quiteñaista. Enorme cantidad de gente los seguía y eran venerados por donde pasaban, pues "creían que había en ellos encerrada alguna deidad" (2). Presidía tal comitiva un orejón linajudo, hermano de Atao Huallpa. Con su mandato, pese a las lluvias torrenciales se avanzó al más rápido paso posible, sobre los hombros de los ágiles cargadores nativos.

1. Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú (Tercera Parte) En: Mercurio Peruano. cap. 47.

2. Cieza de León, Pedro. Ob. cit. cap. 48.

La travesía transcurrió sin incidencias hasta arribar a Taparaco, gran tambo sobre el camino imperial. Aquí en los confines de Huánuco Viejo, el negro de nuestra historia tuvo oportunidad singular de contemplar a Huáscar Inca, humillado y doliente. El vencido hijo de Huaina Capac, conductor de la derrotada facción cuzqueñista, marchaba hacia la muerte entre injurias de sus captores. Miembros de la familia real lo acompañaban; aquellos que habían sobrevivido a las matanzas dispuestas por los atahualpistas en el Cuzco. El legítimo heredero del trono maldijo allí a su hermano y ese negro debió escuchar al Inca quejarse amargamente del usurpador Atao Huallpa. Sin amilanarse ante sus custodios, el vencido denunció ante quienes creía deidades, las masacres, el saqueo de los templos y palacios y los vejámenes inferidos a la vieja nobleza (3).

Durante los dos días que el grupo se detuvo en Taparaco, el negro debió ser testigo del ofrecimiento por Huáscar Inca de un rescate mucho mayor que el prometido por el cautivo de Cajamarca: dijo que daría la plaza de Aucaypata cubierta de oro y pedrerías. Pero de nada le sirvió. Los tres emisarios incapaces de resolver tan imprevista situación, se limitaron a proseguir su avance hacia el sur. Dejaron en manos de sus verdugos al bien llamado Inca trágico por su infausto sino; último rey legítimo del Tahuantinsuyu.

Luego aproximándose a Jauja, el negro y sus amos escucharon estremecedoras versiones sobre la represión de un reciente levantamiento de los huancas. Chalco Chima seguía dominando el valle jaujino y entrando en él vieron en estacas las cabezas y brazos de los jefes rebeldes. Comprobaron igualmente que curacas huancas y jefes cuzqueños huascastas estaban en prisión. Todo indicaba la fiereza de los partidarios del usurpador.

A continuación y no sin muchos temores que la prudencia ocultaría, se iniciaron los tratos con el temible Chalco Chima. Con ayuda del hermano de Atao Huallpa, los tres cristianos y el negro demandaron la remisión de tesoros a Cajamarca. Pidieron que se enviara tanto la riqueza jaujina como las cargas recién llegadas al valle que procedentes del Cuzco había traído el príncipe Illas Cachi. Reacio estuvo al principio Chalco Chima, pero luego, de mala gana, acopió "treinta cargas

3. Zárate, Antonio de. *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima, Imp. Miranda, 1944. Lib. II, cap. VI.

López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias*. Barcelona, Ed. Obras Maestras, 1954. pág. 202.

Cabello Valboa, Miguel. *Miscelánea Antártica*. Lima, Univ. Nacional de San Marcos, Instituto de Etnología, 1951. pág. 423.

Pizarro, Pedro. *Relación del descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*. Buenos Aires, Ed. Futuro, 1944. pág. 45.

Guaman Poma de Ayala. *Nueva Cronica y Buen Gobierno*. París, 1937. El Doceno Inca.

Garcilaso de la Vega. *Los Comentarios Reales*. (II Parte) Lib. I, Cap. 31.

Anello Oliva. Lib. III. Cap. IV.

Informaciones de los Quipucamayos a Cristóbal Vaca de Castro. Colección Urteaga-Romero.

de oro" (4). Mas el hermano del cautivo y los españoles "lo estimaron poco y mostrando que tenían poco temor de él, le dijeron que era poco: él les mandó dar otras cinco cargas de oro" (4).

Pero asegurado el botín, surgió un grave problema: ¿qué hacer con tan gigantesco tesoro? Tal vez en un primer momento pensaron todos en retornar juntos a Cajamarca, pero pronto se abandonaría esa idea al recordarse que lo mejor del Coricancha aun seguía en el Cuzco. Era, pues, necesario, culminar la empresa; máxime cuando llegaban chasquis con informes que tanto Apo Quizquiz jefe militar de Atao Huallpa en el Cuzco como el Sumo Sacerdote, Villa Umo, eran renuentes al pago del rescate. La situación se complicaba más al considerarse de que en la capital incaica grupos de los vencidos huascaristas complotaban contra los vencedores atahualpistas.

Convenía, pues, seguir rumbo a la ciudad imperial, pero a la vez era imprescindible asegurar que el oro que ya estaba en Jauja tuviese buen destino hasta que arribase a Cajamarca. Allí debió surgir el proyecto de entregar al negro la conducción de la caravana. Este sometido a la voluntad de sus amos no pudo rechazar la orden temeraria a causa de la cual sería lanzado solo en un mundo indígena. Se tomó pues la decisión y los tres cristianos, antes de partir de Jauja, "enviaron (los tesoros) a donde quedaba el señor Gobernador con un negro que llevaban y ellos pasaron adelante y allegaron al pueblo del Cuzco" (4). El esclavo con ejemplar coraje, o mucha resignación, emprendió el regreso al frente de larga caravana de indios y llamas cargadas de plata y oro, apenas resguardado por algunos soldados fieles a Atao Huallpa que seguramente se le dieron como escolta.

Pronto la angustia de nuestro negro gozaría de un respiro imprevisible. Andando por las cordilleras, fué acercándose a Bombón o Pombo. Ya en esa ciudad de la puna central, a orillas de lago Chinchaicocha, se hablaba de un acontecimiento sorprendente: barbadas gentes extrañas venían por el oeste. Circulaban rumores de que una fuerza española descendía de las nieves de Huayhuash y Yerupajá. Y en efecto era así. A poco supo el esclavo que se trataba de la expedición que con rumbo a Pachacamac había despachado Francisco Pizarro desde Cajamarca y que cumplido el saqueo del templo yunga, ascendió a las serranías por la vía real de Oyón.

Resultó ese un extraño encuentro del joven hermano del Gobernador del Perú y del negro en las jalcas de Junín. Hernando Pizarro lo contó en una carta famosa: (5) "hallé un negro que había ido con los cristianos que iban al Cuzco". El esclavo resultó útil para esta columna

4. Mena Cristóbal de. Relación de la Conquista del Perú. (1534). Ed. Raúl Porras.

5. Hernando Pizarro. Carta a los Señores Oidores de la Audiencia de Santo Domingo. Del 23 de Noviembre de 1533. En Tres testigos de la Conquista del Perú. Buenos Aires, Ed. del Conde de Canilleros (Colección Austral) 1954. p. 66.

castellana, pues dispuso falsas versiones en torno a la actitud de Chalco Chima: narró que en Jauja aquel Jefe atahualpista "tenía mucha gente y muy buena y que en presencia de los cristianos la había contado por sus nudos y que había hallado treinticinco mil indios". En cuanto al tesoro que el negro portaba, Hernando Pizarro lo tasó al ojo en medio millón de pesos de oro. En realidad debió darse cuenta que era muy superior a lo que él y sus hombres habían logrado en Pachacamac.

De mucha confianza debía gozar nuestro negro, ya que Hernando Pizarro no le puso ningún español para que lo vigilase. Se despidieron encomendándose a Dios y mientras el español y sus huestes marchaban hacia el sur a fin de someter a Chalco Chima, el esclavo continuó su penoso viaje, llegando con algo de retraso a Cajamarca, donde reinaba la inquietud por la falta de noticias concretas.

"... un negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco volvió a 28 de abril —del mismo año de 1533—, con ciento y siete cargas de oro", escribió el propio Secretario del Gobernador. En su misma crónica leemos que el esclavo aportó un consuelo a las mesnadas castellanas que poco sabían del destino final de la expedición capitaneada por Hernando Pizarro: "... dijo este negro que vendría el capitán Hernando Pizarro muy presto" (6).

Por documentos de la época sabemos que las riquezas que trajo aquel negro ascendían a "más de ciento y veinte arrobas en cántaros y otras vasijas y planchas", y que "dijo este negro que desde Jauja se volvió con este oro que lo hallaron allí los cristianos viniendo que venía camino" (7). Muchos inquirirían sobre la extraña resolución de aventurarse solo por las cordilleras, limitándose él a explicar que "lo enviaron con ello (el tesoro) porque con más brevedad viniese" (7).

Luego el rastro de nuestro negro se pierde ¿Moriría en combates con los indios? ¿O compró su libertad con la parte del botín que debió corresponderle? ¿Seguiría en la Conquista? ¿No será acaso el mismo negro que con ejemplar fidelidad, al lado de otros de su raza, defendió la iglesia cristiana del Cuzco cuando el ataque de Manco Inca? ¿Quién sabe? Pero de todos modos este personaje anónimo nos demuestra con sus hechos la vital presencia africana en el proceso de occidentalización del Perú.

6. Jerez, Francisco de. Verdadera Relación de la Conquista del Perú. Lima, Ed. Urteaga-Romero, 1917. pág. 76.

7. Fernández de Oviedo; Gonzalo. Historia General y Natural de las Indias. Madrid; Biblioteca de Autores Españoles (Colección Rivadeneira), 1959. T. V - Lib. XLVI - Cap. X. pág. 67.